

EL SACRIFICIO EUCARISTICO DE LA ULTIMA CENA DEL SEÑOR, SEGUN LOS TEOLOGOS (1)

CAPITULO V

DEL UNICISMO RIGUROSO ABSOLUTO

(Continuación).

Dentro del campo católico dos grupos podemos considerar de unicistas: el absoluto y el parcial. «El primero dice que los tres elementos: última cena, cruz y misa, forman un solo y único sacrificio. El segundo sostiene que, ciertamente, la última cena y la cruz forman un sacrificio único; pero que la santa misa es, sin duda, un sacrificio, al menos, numéricamente distinto del sacrificio que ofreció Jesucristo» (SE. p. 357).

En los capítulos precedentes indistintamente atendimos a ambos conceptos, concentrando la atención, en lo que respecta a la última cena, porque pensamos que al fin todas las demás consideraciones sobre el sacrificio eucarístico han de venir, tarde o temprano, al hecho de la institución, al cual, por lo mismo, principalmente se debe atender.

Pero no es para olvidar del todo el problema que resulta de afirmar que la santa misa y la cruz no se distinguen como sacrificios, ni siquiera numéricamente, y esto no de un modo parcial en cuanto tengan por ejemplo numéricamente la misma víctima, o el mismo principal oferente, etc., sino que absolutamente no se distinguen por ser sólo fases de un sacrificio único.

He de confesar que veo mucha más lógica en este sistema y teoría que en la otra, que no distinguiendo entre la cena y la cruz como sacrificios, sostiene, sin embargo, la distinción numérica entre la santa misa y la misma cruz. Con mucha razón, pues, observa A. Michel que entonces «il

(1) V. t. 12, p. 177.

faudrait marquer (on l'a fait plus haut, voir col. 1.243) des différences profondes entre la cène et la messe, ce que ne saurait admettre la presque unanimité des théologiens» (col. 1.245). En cambio, del unicismo riguroso habla Michel de esta terminante manera: En ce que concerne la messe, aucun théologien n'a soutenu l'identité des deux sacrifices: une telle assertion serait évidemment contraire au concile de Trente qui, au texte ci dessus rapporté, ajoute cette restriction: *sola offerendi ratione diversa*, restriction dont le sens est précisé par les premières lignes du chapitre (col. 1.286). De algunos autores habla Michel de manera que parece indicar que han sostenido este unicismo riguroso, aunque en otros pasajes insinúa distinta interpretación.

Un tercer unicismo de mentalidad católica se puede y aun debe distinguir, y es el de aquellos que ven en la Encarnación misma un acto oblativo que permaneciendo fijo e inmutable y uno con unidad numérica, recibe en sí todos los demás actos así de Cristo Nuestro Señor en su vida, pasión y muerte y estado glorioso, como de los ministros en diversos tiempos, parajes y altares.

Mgr. de Pressy es de los más expresivos autores de esta teoría, y de él tenemos en el Dict. de Théologie Catholique:

(Col. 1.221). Le Fils de Dieu se soumit dès le moment de son incarnation au commandement de son Père: en conséquence il a offert sans interruption, il offre sans cesse, il offrira sans fins son obéissance jusqu'à la mort de la croix. Quoique l'oblation de cette obéissance, puisse être regardée sous différents rapports, soit à divers temps, au passé au présent, au futur; soit à divers lieux, au ciel, à la terre, et à une multitude d'autels; soit à divers ministres qu'il s'associe pour la faire avec lui sous les espèces du pain et de vin, cette diversité de ministres, de lieux, de temps, d'espèces n'empêche pas... l'identité physique, l'unité numérique de cet act d'oblation. Il subsiste toujours en son fonds, que cette diversité ne touche pas, lui étant tout à fait extrinsèque...

Poco me he cuidado de esta clase de unicismo, así porque siempre resultará refutado por las autoridades que defienden la sentencia de los dos sacrificios, como porque, si no se entiende bien, claramente es contra el Concilio Tridentino: *Etsi oblaturus erat... tamen obtulit... ut offerrent praecepit*. Ahí tenemos tres actos oblativos, de los que gratuitamente se diría que tienen unidad física o unidad numérica. *Sola offerendi ratione diversa*: si hay diferente manera de ofrecer, hay diversos ofrecimientos. Cada palabra del Concilio daría lugar a un argumento contra un tal sistema.

Paréceme que esa clase de unicismo nada arguye en pro ni en contra de las actuales disputas sobre el sacrificio eucarístico. Lo que esos autores parecen decir de identidad y unidad numérica, se refiere no precisamente a un acto en cuanto constitutivo del sacrificio, sino a una *disposición habitual* de Jesucristo, originada, sin duda, por el acto oblativo hecho en la encarnación y del cual habla San Pablo a los Hebreos. Si esos autores se contentan con ese acto hecho en la encarnación para que tengamos el sacrificio redentor y el sacrificio eucarístico intrínsecamente constituido, siendo todos los demás algo meramente extrínseco, o análogamente, si con este acto como parte intrínseca juntan otras partes igualmente intrínsecas y constitutivas, nos parece que no están muy en lo cierto. Confunden, según parece, la disposición habitual del alma del Señor con el acto oblativo verdaderamente sacrificial que el Concilio Tridentino afirma en la última cena, en la cruz y en la santa misa. (Cf. Dict. de Théol. Cath., col. 1.273 s.). Pero quizás con toda esa manera de hablar nos salgan después al paso con la afirmación, que ya conocemos, del P. Condren: las partes del sacrificio perfecto son también sacrificios perfectos. Quizás tampoco se diferencian de la manera de pensar que tiene Lepin, sino en cuanto éste no pondera tanto esa unidad, aunque realmente la tiene la teoría: unidad que, sin embargo, no se opone a que distinga Lepin diversos sacrificios (Cf. Dict. de Théol. Cath., 1.227 1): finalmente, notamos que las otras dos clases de unicismo no deben buscar el amparo de estos autores, porque éstos siempre suponen que antes de la oblación bajo las especies sacramentales, no había precedido parte esencial e intrínseca alguna ni del sacrificio redentor ni del sacrificio eucarístico. Si quieren aprovecharse de alguna sentencia de estos autores, bien manifiesto es que se exponen a que les respondan que esa sentencia, desgajada del sistema completo, no puede admitirse. Dejando, pues, por ahora esta especie de unicismo, que quizás admite muchos sacrificios sin dificultad alguna, volvamos a los dos anteriores.

El hecho mismo de disgregarse de esta manera el unicismo, bien demuestra la dificultad grave que debe presentarse al decir que la santa misa no es un sacrificio nuevo, sino un desenvolvimiento litúrgico del sacrificio redentor.

1) En efecto, el Salvador en la última cena, sin duda, verificó algo esencial a algún sacrificio, sobre todo si ya después, depuesta su dignidad sacerdotal, iba subiendo la pendiente escabrosa del calvario como víctima oprimida bajo el peso de nuestros pecados, pero sin obrar ya como sacerdote. En este caso, toda la esencia del sacrificio, en cuanto depende del

oferente, debió realizarse en la última cena. Ahora bien, el Salvador mandó a sus Apóstoles, y en ellos a todos sus sucesores, que en adelante hiciesen ellos lo que El había allí hecho: *Hoc facite in meam commemorationem*. Luego necesariamente se repite ahora en la santa misa todo lo esencial a algún sacrificio. O se admite, pues, la distinción numérica entre la acción de Cristo y la acción del sacerdote ministerial, o debe decirse que no hacemos lo que Cristo hizo. Si se admite lo primero, amontonamos inútilmente dos cosas esenciales, y aún muchas cosas esenciales, sin distinción entre sí específica ni numérica. Y esto parece tan absurdo como decir que en un mismo hombre hay dos o tres almas de la misma especie y aun que estas muchas almas no se distinguen numéricamente, lo que parece entrañar cierta algarabía no fácilmente asequible.

Además, esas misas ministeriales o pueden suprimirse todas sin que falte algo esencial al sacrificio redentor o no pueden suprimirse todas sin que falte algo esencial al sacrificio redentor o no pueden suprimirse al menos algunas. Si se dice lo primero, antes de comenzar la primera misa estaba el sacrificio redentor en plena perfección y consumación y, por tanto, el sacrificio de la misa no puede llevar consigo algo esencialmente sacrificial, porque lo esencialmente sacrificial estaba ya perfecto y acabado, y a lo más amontonará inútilmente algo que era innecesario al sacrificio redentor. Si se dice que no pueden suprimirse sin suprimir algo esencial al sacrificio redentor, o se dice de todas las que se han de decir con efecto o de alguna, por ejemplo, la primera que dijo San Pedro, o la que diga el Papa en cada generación.

Pero nadie parece que puede admitir que las misas que ahora decimos sean de tal manera necesarias a la esencia del sacrificio redentor, ni la Iglesia ha jamás dado muestra de saber tal cosa. Si esto se dijera de alguna misa en particular, entre ella y las nuestras se establecería, sin razón suficiente, una diferencia tan notable que de una se diría ser parte esencial del sacrificio redentor y esto mismo se negaría de las otras misas. No son, pues, necesarias las misas de los ministros para completar en algo el sacrificio redentor. Luego o no contienen algo sacrificial estrictamente o son sacrificios de por sí. El ser sacrificio relativo o representativo no añade ni quita, porque primero es que sea sacrificio y luego que, además, sea relativo.

Pero he aquí que en esto mismo han encontrado la solución: la misa es sacrificio representativo. Por medio de una cuandocación del tiempo aquel en que Cristo Señor nuestro hizo su oblación en la última cena, tendríamos ahora presente la misma numérica acción de Cristo, y nuestro

oficio sería el de reproducirlo en vida mortal como estaba en la última cena, ejecutando la acción oblativa y en aquel mismo tiempo con las demás circunstancias. Eso nos dicen ahora que quieren decir los teólogos al llamar representativo el sacrificio eucarístico; representar es volver a hacer presente ahora lo que era presente hace siglos, incluso el tiempo mismo entonces presente. Mas primeramente así no hacemos lo que Cristo hizo, porque Cristo no reprodujo cosa alguna verificada en otro tiempo, ni por el hecho de ofrecer el Señor en la última cena se cuandocó tiempo alguno (el lector ha de perdonar el barbarismo, porque lo es en todas las lenguas presentes y futuras). En segundo lugar, la última cena era, sin duda, *representativa*, y así la llaman las mismas autoridades que se alegan para la santa misa, y se deduce arguyendo con fácil argumento. Ahora bien, ¿qué es lo que Cristo hizo presente y reprodujo con aquella oblación?; porque la verdad es que hasta entonces nada se había ejecutado que pudiera hacerse presente. ¿Será que hizo presente y reprodujo el tiempo futuro, el de la cruz? Lo mismo pudo hacer con todos los tiempos hasta el fin del mundo, y así ya no necesitábamos sacrificio ni ir a misa los domingos. Pero ¿quién no ve que es imaginación pura, o mejor, usar palabras sin tener en cuenta su significado decir que uno reproduce de esa manera la acción de otro? Ni el tiempo, según su propio concepto, es susceptible de esa multiplicación, y así este refugio no conduce, a mi parecer, a resultado alguno. Lo que en tercer lugar debe notarse es que con eso no se afirma todo lo que afirma el Concilio de Trento: *continetur et incruente immolatur*. Esa cuandocación estaría expresada por el *continetur*, y al sacrificio que estos unicitas describen falta el: *incruente immolatur*.

2) Lo segundo que se ofrece, considerando este sistema, es que en este caso no es necesario en la Iglesia el sacerdocio, porque si solamente tenemos una fase nueva del sacrificio y el sacerdote es Cristo ninguna necesidad hay de sacerdotes en la ley de la gracia. Nada impide que pueda separarse, según el poder divino, la oblación y la consagración con la transubstanciación, y por esto pudo Cristo Señor nuestro separarlas y pudo encomendar a uno que consagrarse sin que por eso mismo ya se entendiera que ofrecía un sacrificio. Este tal ofrecía, sin embargo, sacrificio según el sistema que vamos examinando. Debemos notar, además, que no se trata de si pudo haber una benignidad graciosa, que donde no eran necesarios los sacerdotes para esas fases del sacrificio, los ordenase, sin embargo, para que con el sacerdote verdadero procediesen al desarrollo litúrgico del único sacrificio; se trata ahora de la necesidad de verdaderos

sacerdotes y esta necesidad no se sigue en el sistema del sacrificio único, ya que no necesita más que un sacerdote en cada sacrificio, y toda otra consecuencia no aparece en virtud de una necesidad absoluta.

Ahora bien, el Concilio Tridentino afirma esta necesidad diciendo: *Sacrificium et sacerdotium, ita Dei ordinatione conjuncta sunt, ut utrumque in omni lege extiterit. Cum igitur in novo testamento sanctum eucharistiae sacrificium visibile ex Domini institutione catholica ecclesia acceperit: fateri etiam oportet, in ea novum esse visibile et externum sacerdotium, in quod vetus translatus est.* (ES. 957).

Por consiguiente, o no hay verdadera lógica en las afirmaciones del Concilio o si la hay, debemos decir que tiene el sacrificio de la santa misa por distinto del sacrificio redentor, y por esto, porque es distinto, exige que haya nuevos sacerdotes distintos de Cristo sacerdote.

Además, según la Escritura, el sacerdote es ordenado para ofrecer dones y sacrificios (Ad Hebr., 5, 1. s.). Y como ofrecer no es precisamente consagrar, si se atiende a la cuestión de posible, resultarían sacerdotes sin víctima y oblación los que fuesen destinados a reproducir solamente lo que se hizo en la última cena; reproducir digo en el sentido que se entiende en este sistema.

Por lo mismo no se cumpliría en la santa misa la predicción de Malaquías de que se ofrecería a Dios un sacrificio en todas partes, y sin embargo, esa profecía dice el Concilio Tridentino que se cumple en el santo sacrificio de la misa.

3) En tercer lugar, no se ve razón alguna para restringir a estas fases el sacrificio redentor y no ampliarlo a los sacrificios antiguos, que podrían también considerarse como fases del sacrificio de Cristo, lo cual sería negar que los sacrificios de los antiguos fuesen sacrificios perfectos, pero sería seguir lógicamente todo el pensamiento del sistema elegido, y a esto llegaron los protestantes como Melancthon (perdónenos la alusión, porque hablamos arguyendo y no atribuímos a todos la misma mentalidad), y a esto llegó Renz a lo que parece (SE. 371 s.), pues no admite antes ni después del sacrificio redentor sacrificio alguno, aunque en los antiguos hubiese imitaciones y presignaciones del sacrificio santificador de los hombres. Pero, ¿quién dejará de admirarse de que esa lógica no se detenga ante las consecuencias y comience a dudar de los principios? Porque, verdaderamente, mal se puede explicar la Santa Escritura si se niega que los sacrificios de la antigua Ley eran sacrificios perfectos, aunque a la vez relativos del sacrificio de la cruz, y por tanto, expresivos de la aceptación que Dios hacía de aquel sacrificio redentor y de la certeza

e infalibilidad divina comprometida a llevar a cabo aquel futuro sacrificio.

4) En cuarto lugar y principalmente, la historia tridentina y los capítulos y cánones publicados en la sesión pública de 17 septiembre 1562, hablan necesariamente de un sacrificio eucarístico distinto del sacrificio redentor. De la historia no hemos de repetir aquí lo que ya tenemos escrito. Verdad es que en SE. se enfoca todo a la cuestión de la última cena; pero es evidente que más hablan los documentos de la santa misa como sacrificio distinto del sacrificio de la cruz, que de la última cena misma. Baste recordar aquí a Seripando, que era, sin duda, como presidente, conocedor de las definiciones conciliares:

Tria tantum invenio sacrificiorum genera, figurativa ut agnus, etc., expiatiua, crux scilicet Christi, memoriale et expiativum simul ut missa (Cf. SE., p. 130).

Rev. Monsignor come fratello. Li vostri testimonii in torno al sacrificio della messa sono parsi a tutti belli et rari, i quali esplicano quella verità, della quale qui, benedetto sia Dio, non è controversia alcuna, cioè, che la messa sia sacrificio (Seripando a Sirleto. Julii Pogiani... *Epistolae et orat.* Romae, 1757, III p. 127 en nota).

Claro es que habla de la misa como sacrificio perfecto. Además, habiendo afirmado muchos que era sacrificio perfecto, ¿no se habría entablado una controversia más seria que sobre el sacrificio de la cena? Sin embargo, dice Seripando que no había controversia alguna.

«Parecíame también que muy bastante era determinar contra los herejes que la misa era sacrificio, y propiciatorio sacrificio, sin darles campo con esta novedad a nuevas disputas y nuevas dificultades» (Seripando a Carlos Borromeo, a 3 de Sept. 1562).

Todo el mundo sabe que la disputa con los protestantes era entendida de un sacrificio perfecto en la santa misa. Por tanto, Seripando creía que el Concilio podía determinar, y determinaba, este sacrificio perfecto en la sagrada eucaristía de nuestros altares.

Si observamos ahora los decretos en todas las fases por que fueron pasando hasta obtener la forma definitiva, veremos igualmente que siempre se entiende hablar de un sacrificio al que nada le falta y distinto del sacrificio redentor. Véanse en SE., p. 135, s. 213, s. 220. Basta ahora ver la forma definitiva donde dice: *Et quoniam in divino hoc sacrificio quod in missa peragitur, idem ille Christus continetur et incruente immolatur qui in ara crucis semel seipsum cruenta obtulit...* (ES. 940).

Primeramente es de notar que se distingue la acción por la que Cristo

se hace presente de aquélla, por la cual se inmola (lo cual no quiere decir que las acciones se distinguen físicamente). En segundo lugar, se distingue la acción sacrificial del sacrificio redentor (*obtulit*) y la acción del sacrificio eucarístico (*immolatur*).

Esto supuesto, la afirmación de que la santa misa es una fase del sacrificio redentor parece enteramente inadmisibles, pues se distinguen perfectamente los sacrificios.

No parece necesario que nos extendamos más en estas consideraciones. El P. Billot, como antes vimos, expresa su inteligencia del Concilio de una manera tan clara y decisiva que hasta ahora no han tenido verdadera respuesta sus argumentos.

Pero, en fin, el fuerte de estos unicistas no está, esto nos parece, en razonamientos, ya que ellos quieren afirmar un hecho y no una teoría, y un hecho exige testimonios más que razones, sobre todo si éstas son de los teólogos postridentinos. Toda la fuerza está, pues, en las autoridades. Ciertamente muchas de las que se alegan ya las hemos examinado en SE. y en los capítulos anteriores; pero aún hay otras que parecen más propias de este lugar. Cronológicamente, las primeras que se nos ofrecen son:

1. *LAS CONFERENCIAS DE LA ROCHELLE Y PEDRO NICOLE*.—A. Michel hace al autor de las Conferencias y a Nicole (1) partidarios ciertos del sacrificio oblación (col. 1.208 s.); en cambio, M. Lepin, tan interesado en este negocio, hace bien pequeña ponderación de estos dos autores (p. 513 s.), y no vió en ellos fundamento suficiente para decir que unían la cena y la cruz en un sacrificio único (p. 692), ya que no los exceptúa en esta materia. Lo que, a mi pobre juicio, hay es que como cosa que hace la esencia del sacrificio (p. 63), claramente exigen la destrucción en todo sacrificio y que en la oblación de la misa el autor de las Conferencias no ve una acción esencialmente sacrificial o perteneciente a la esencia del sacrificio, como tampoco en las oblações de otros sacrificios, aunque en el sacrificio sean cosas necesarias (p. 4) e incluidas en el mismo (p. 62), como expresamente dice. Lo cual, según me parece, es más de lo que dicen los unicistas, quienes, si yo no los entiendo mal, siempre afirman que la acción de la misa es esencialmente sacrificial, y por lo mismo, es difícil explicar cómo no es sacrificio perfecto. Con esto claro está que el autor de las Conferencias no presenta una teoría admisible en la Teología católica. Para el autor, la misa no es más que la par-

(1) *Estudios Eclesiásticos*, t. 12, p. 38.

ticipación de los ministros y de los fieles de la iglesia en el sacrificio de la pasión, en la cual se encuentra la esencia del sacrificio (p. 66). En la misa se halla aquello mismo en virtud de la real presencia. Después exponaremos un modo de entender las Conferencias quizás más exacto. Veamos antes cómo se explican:

(P. 4). «Tomado el sacrificio en su propia significación y en cuanto se distingue de los demás actos de religión, se define ordinariamente: una oblación hecha a Dios de alguna cosa exterior y sensible por un ministro legítimo, con algún cambio o destrucción de la cosa ofrecida para reconocer el soberano poder de Dios sobre nosotros y rendir a la Majestad infinita el homenaje que de todas las criaturas racionales le es debido...

Es necesario: 1, que sea de una cosa exterior y sensible; 2, que se haga a Dios; 3, que se haga por ministro legítimo; 4, que la cosa exterior y sensible que es ofrecida, sea *destruida*, o, al menos (p. 5), *reciba algún cambio*; 5... (bajo el n. XIV tenemos las razones que exigen la destrucción, y añade):

(P. 41). «Sin embargo, no era absolutamente necesario que las cosas que se ofrecían en sacrificio fuesen efectivamente destruidas. Algunas veces bastaba que cambiasen de estado y de condición... Así en la religión cristiana Nuestro Señor Jesucristo es verdaderamente ofrecido en el sacrificio de la misa, como se dirá en otra ocasión: no que sufra otras tantas veces la muerte, sino de una manera no sangrienta, como hablan los Santos Padres: en cuanto que la muerte que una vez sufrió es todavía presentada al Padre, como el precio de la expiación de nuestros pecados, y porque la muerte se nos representa allí por la consagración que separadamente se hace del cuerpo y sangre. De aquí es que no se hace en este sacrificio una inmolación efectiva y sangrienta del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor como aquella que se hizo (p. 42) en la cruz, sino solamente una inmolación mística y por representación, como los teólogos ordinariamente enseñan (p. 51). *Una víctima sola se ofrece en la religión cristiana en sacrificio. Mas porque hay dos modos de ofrecerla, esto hace que distingamos ordinariamente dos suertes de sacrificios. El primero es el sacrificio sangriento de la cruz... (p. 52). El segundo es el sacrificio no sangriento de la eucaristía o de la misa que podemos llamar el sacrificio del culto y de la religión, en el cual el mismo Jesucristo, como sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, se ofrece todos los días visiblemente sobre nuestros altares.. (p. 60). Si no se considera en el sacrificio de la santa misa, sino lo que a nuestros ojos aparece, es manifiesto que este sacrifi-*

*cio es muy diferente del sacrificio de la cruz... Pero si se tiene en cuenta, como en esto parece que debe tenerse, así el designio que en la institución de este misterio de la eucaristía tuvo Nuestro Señor de dejarnos un memorial de su pasión; como también el mandato que a sus Apóstoles dió de hacer la misma cosa en memoria de El, es verdadero el decir que el sacrificio de la misa no es diferente del sacrificio de la cruz, y que en realidad no es sino una continuación, en cuanto que ofrecemos (p. 61) todos los días a Dios sobre nuestros altares no solamente la sagrada persona de su Hijo, sino también la muerte que el mismo Hijo sufrió por nosotros en la cruz... (p. 62). Pero como esta verdad es una de las más importantes de la Religión, y quizás una de las que menos se explican, para comprenderla bien y para esclarecer al mismo tiempo las dificultades que acostumbran los calvinistas a hacer sobre esto, tres cosas se deben notar. La primera es que el sacrificio, para ser entero y perfecto, debe principalmente incluir tres acciones: La inmolación o destrucción de la víctima..., la oblación exterior..., la oblación interior (p. 63). Sin embargo, no es absolutamente necesario que aquéllas (tres acciones) se verifiquen al mismo tiempo (p. 65). La tercera cosa que importa notar es que de estas tres acciones que debe haber en todo sacrificio perfecto y cumplido, *la inmolación de la víctima es la principal y aquella que, como se ha dicho, hace la esencia del sacrificio exterior*; porque esta inmolación distingue el sacrificio de las simples oblações, en las que ningún cambio o destrucción de la cosa ofrecida se hace, no siendo el sacrificio exterior otra cosa que una confesión pública de la dependencia en que estamos respecto de la Majestad de Dios, y un testimonio de nuestra perfecta sumisión a todo lo que la divina justicia ha ordenado de nosotros; por la inmolación de la víctima principalmente hacemos a Dios esta confesión y hacemos ver que le reconocemos dueño y árbitro de todas las cosas.*

De aquí se sigue que, propiamente hablando, un sacrificio no es diferente de otro ni hace un otro sacrificio sino en dos casos. El primero es cuando las víctimas son diferentes la una de la otra y se inmolan por acciones diferentes que se aúnan en una sola oblación interior. El segundo, cuando se reitera la oblación de una misma víctima, es decir, se inmola varias veces, supuesto que esto se pueda. En los dos casos se puede (p. 66) verdaderamente decir que hay diferentes sacrificios... Mas cuando no solamente es la víctima, sino que, además, la misma inmolación de esta víctima se ofrece a Dios para reconocer su soberana grandeza, aunque esto se haga por personas diferentes, en diversos tiempos y por di-

versas oblaciones exteriores, no se debe decir por esto que hay diferentes sacrificios o que un mismo sacrificio se reitera muchas veces, porque en la verdad lo que en este caso es signo de nuestra dependencia y sumisión hacia Dios, es decir, la inmolación de la víctima, es siempre lo mismo; lo verdadero es decir que varias y diferentes personas toman parte en el mismo sacrificio y que se sirven, si se puede así decir, de la inmolación que una vez se ha hecho de esta víctima como de un mismo signo para manifestar su perfecto respeto hacia la Majestad de Dios y su entera sumisión a la justicia de sus divinos decretos (p. 67). Supuestas estas cosas, ya es fácil concebir por qué hemos dicho que el sacrificio de la cruz y el sacrificio de la misa no son sino un mismo sacrificio y cómo este último no es sino una continuación del primero. Porque lo que hizo sacrificio al sangriento sacrificio que Jesucristo personalmente ofreció sobre la cruz, fué la ofrenda que a su Padre hizo de la sangre que derramaba y de la muerte que sufría entonces, para tributarle el soberano honor que le era debido y para reparar con una obediencia tan profunda la injuria que el hombre, con su rebelión, le había hecho. Ahora bien, esta misma muerte de Jesucristo se ofrece todavía hoy sobre nuestros altares en el sacrificio de la misa, y será ofrecida en toda la tierra hasta el fin de los siglos, sea por Jesucristo mismo que, como primero y soberano sacerdote, continúa haciendo invisiblemente la oblación de su cuerpo y sangre; sea por los sacerdotes, sea, en fin, por los fieles... (p. 68). Como los sacrificios no son diferentes sino cuando hay diferentes inmolaciones de la víctima, siendo la misma muerte la que Cristo ofreció sobre la cruz y la que ofrece a Dios en el sacrificio de la misa, se sigue que el sacrificio de la cruz y el sacrificio de la santa misa no son dos sacrificios, sino uno solo y un mismo sacrificio, en el cual la Iglesia, ofreciendo todos los días el cuerpo y sangre de Jesucristo, no hace sino continuar la oblación que Jesucristo hizo personalmente en la cruz». Hasta aquí las Conferencias.

No se puede negar que, dadas las nociones que da del sacrificio y su esencia y las consecuencias que deducen las Conferencias, tal doctrina aún la cruz y la misa en un sacrificio único. ¿Qué decir de la última cena? Nada especial nos llamó la atención sobre este punto al leer las Conferencias, pero en esa teoría parece que deben dar alguna explicación que de alguna manera aúne también la cena y la cruz en un sacrificio único. No es segura la consecuencia, ya que, según Hosio y Salmerón y otros, hubo quien, distinguiendo los sacrificios de la cena y de la cruz, negaba el sacrificio de la santa misa.

Con todo, más recto nos parece el interpretar las Conferencias según

la teoría que desarrolla Pedro Nicole. Este autor, hablando del sacrificio de la cruz y del sacrificio de la santa misa, toma muchas ideas de las Conferencias de la Rochelle, y, sin embargo, nos parece indudable que distingue dos sacrificios. No encontramos en él elementos suficientes para saber con certeza lo que pensaba del sacrificio de la última cena; sin embargo, si distingue el sacrificio de la santa misa del sacrificio verificado en el Calvario (aunque ello sea por juntarse con una misma materia dos formas diversas), es manifiesto que debe igualmente distinguir entre la última cena y la cruz como sacrificios, sobre todo, porque, hablando expresamente de la oblación del Calvario, la considera como verificada en toda la vida de Cristo, especialmente al entrar en el mundo y durante la crucifixión, y nada dice que induzca la menor idea de que la oblación bajo las especies sacramentales era la oblación del sacrificio redentor.

Nicole desarrolla estas ideas en «Instructions théologiques et morales sur l'oraison dominicale...», en la Instrucción cuarta citada por Lepin (p. 514); pero esto mismo nos repite más extensamente en «Instructions théologiques et morales sur les sacrements... Tome second. A Paris, MDCCLXVII», donde en la sexta Instrucción, capítulo II, tenemos:

(P. 118). P.—¿Qué es necesario comprender en el sacrificio de la cruz?

R.—Es necesario comprender toda la vida de Jesucristo, que no ha sido sino una preparación continua a su sacrificio y una oblación perpetua de sí mismo por la salud de los hombres; la inmolación actual que de sí mismo, por mano de los judíos, hizo Jesucristo en el Calvario con los inefables movimientos de caridad que formaban su sacrificio interior; la oblación que a su Padre hizo de su cuerpo resucitado y glorioso en el día de la resurrección y ascensión, recibiendo en el cielo el lugar que le era debido, [oblación] que continúa haciendo por toda la eternidad.

P.—El sacrificio del altar, ¿es diferente del sacrificio de la cruz?

R.—En la substancia es el mismo sacrificio; porque es la misma víctima, el mismo Jesucristo, y porque sobre nuestros altares ofrece El su muerte como lo ofreció en el Calvario; pero la manera es diferente como lo son los fines de la oblación. En el Calvario se ofreció con muerte actual; en nuestros altares se ofrece de una manera mística, que sólo representa su muerte. En el Calvario se ofreció con efusión de sangre; en nuestros altares se ofrece sin efusión de sangre. En el Calvario ofreció su muerte presente; en nuestros altares ofrece su muerte pasada y cumplida. En el Calvario ofreció su muerte en sacrificio de redención para merecer todas las gracias que debía hacer a los hombres; en nuestros altares se ofrece en sacrificio de propiciación para aplicar a los hombres las gracias merecidas en el Calvario. El mé-

rito de su gracia quedó completo en el Calvario; la aplicación de sus gracias se obtiene por el sacrificio del altar.

P.—¿No es necesario en todo verdadero sacrificio que la víctima sea inmolada? Pues no siéndolo Cristo en el altar, ¿cómo puede decirse que aquí se sacrifica?

R.—La inmolación o destrucción de la víctima no es necesaria a todo sacrificio; basta que haya algún cambio, y el cambio que hay en la misa basta, puesto que Cristo de nuevo se pone bajo las especies, que por su distinción representan la separación de su cuerpo y sangre, verificada en la muerte sangrienta que en el Calvario sufrió.

Aún más, no es preciso que la inmolación y oblación de la víctima se hagan en un mismo tiempo, y la diversidad de tiempo en que pasan las acciones no hace que sean diversos los sacrificios. El supremo sacerdote, después de degollar la víctima, llevaba la sangre al santuario, donde entraba una vez al año; esta oblación y esta inmolación componían un solo sacrificio aunque hechas en diferentes tiempos, y esto acaece en el gran sacrificio de que todos los otros son figuras. La inmolación de la víctima se hizo una vez en el Calvario; pero la oblación de la víctima comenzó al entrar Cristo en el mundo y continúa por toda la eternidad.

También se verifica esto en el sacrificio del altar; porque, en verdad, se ofrece Jesucristo presente en el altar, pero se ofrece como inmolado en la cruz. *Passio est Domini*, dice S. Cipriano, *sacrificium quod offertur*. Es una continuación de la oblación que Jesucristo comenzó. Así es como es el mismo sacrificio, como muy bien se explica en las «Conférences de la Rochelle», n. 23 s.

(P. 124, en el cap. III.) P.—Se dijo que el sacrificio eucarístico era el mismo sacrificio que el de la cruz en cuanto a la víctima y en cuanto a la inmolación de la víctima, porque no hay *para los dos* más que una misma víctima y una misma inmolación, y que *en los dos* se ofrece Jesucristo como inmolado a su Padre en el árbol de la cruz; ¿no debemos considerar alguna cosa más..?»

Serían dos sacrificios si hubiese dos inmolaciones o dos víctimas; mas no habiendo sino una inmolación y una víctima, aunque la oblación se haga por diversas personas y en diversos tiempos, no hay sino un sacrificio; lo que hace decir al Concilio de Trento que sola la manera de ofrecer es diferente. *Sola offerendi ratione diversa*.

Hasta aquí Nicole, que habla luego del sacrificio interior. Diversas veces hemos dicho que una teoría, según la cual haya tantos sacrificios como oblaciones (aunque éstas, como formas, tengan la misma materia), no se opone solamente por eso a la multiplicidad de los sacrificios, sea lo

que se quiera de su verdad intrínseca. Uno de estos autores nos parece Nicole, ya que al hablar de las diferencias entre el sacrificio del altar y el sacrificio de la cruz sobradamente da a entender que los cree al menos numéricamente diversos, sobre todo si atendemos a los fines del sacrificio. Más tarde nos dice Nicole que la oblación e inmolación no se verifican necesariamente al mismo tiempo y por las mismas personas, y añade que esto sucede primeramente en el sacrificio de la cruz y en segundo lugar dice que se verifica también en el sacrificio de nuestros altares. ¿No es esto distinguir expresamente dos sacrificios: uno en el Calvario y otro en el altar de la Iglesia? Y por si esto no fuese bastante claro, expresamente dice que son dos al principio del capítulo tercero, como hemos visto.

Esto no obsta para que si consideramos en esta teoría la acción inmolativa, digamos que los sacrificios son uno mismo, como lo explican, dice, las «Conférences de la Rochelle». Esto en el contexto de Nicole bien puede entenderse de la especie y del número, sobre todo si se entiende que la inmolación es la parte especificativa. Siendo ésta la misma en la propuesta teoría, necesariamente debemos decir que es el mismo sacrificio. Pero todo esto ya sabemos que en nada favorece al unicismo de que tratamos.

Creo, pues, que no hay razón suficiente para decir que Nicole sea unicista, tratándose del sacrificio de la cruz y del sacrificio de la santa misa. Respecto de la oblación de la última cena, recordamos que Nicole nunca afirma que entre como parte del sacrificio del Calvario, sino, a lo más, en aquella frase general de que toda la vida de Cristo fué una oblación de sí mismo al Padre. Esto destruye la idea unicista, sobre todo al afirmar expresamente la oblación verificada en la encarnación. Finalmente, Nicole no hace de la última cena una parte más litúrgica ni más esencial que cualquiera otra acción de nuestro Salvador. Por esto creemos que Nicole no pertenece a ninguna de las clases unicistas que hemos estudiado.

Bien creo que Nicole reproduce fielmente la inteligencia de las «Conférences de la Rochelle», y en este caso podemos decir que tampoco en éstas debe darse por cierto ningún género de unicismo, sino que probablemente se han de entender como hemos entendido a Nicole. Por fin recordamos que tampoco Lepin encontró el unicismo en estos autores (p. 622).

Si las Conferencias y Nicole afirmasen tantos sacrificios como obla-ciones y que todas estas formas tienen una misma materia, en nada se oponen a nuestro modo de ver y nada decimos de ellos

2. *CARD. MANNING*.—Este hombre, tan ilustre bajo muchos aspectos, bien puede ser alegado por los unicistas rigurosos, aunque no tenemos por cierto tal unicismo en Manning; pero en manera alguna debe ser aducido por los que distinguen el sacrificio de la misa y el de la cruz. En «Las glorias del Sagrado Corazón» hay expresiones que necesariamente han de tratar de explicar estos unicistas, con lo cual darán, sin duda, la solución para las expresiones parecidas que tiene Manning a propósito de la última cena. En realidad, a mi juicio, Manning no tiene ni el uno ni el otro unicismo. La finalidad del pasaje es considerar las razones por qué el Salvador deseó tan intensamente participar de la última cena pascual (p. 132). La primera dice que era por ser aquel tiempo el fin de sus tristezas (end of His sorrows, ib.); la segunda, por ser un tiempo de melancolía y dulzura al mismo tiempo (p. 135); en tercer lugar, da por razón de los deseos de Cristo la acción sacrificial, y habla de esta manera:

(P. 138). Además, en aquella hora y en aquella acción ofreció el cordero que desde el comienzo del mundo había sido sacrificado. Entonces se ofrecía el sacrificio expiatiivo predestinado desde la eternidad. Allí estaba el verdadero cordero. Pasado habían ya los tipos y las figuras: la realidad había llegado. Sin mancha ni tizne, el cordero inmaculado y santo, Cristo Jesús, era llevado a los pórticos del templo. Desde el primer instante de la encarnación había el Hijo de Dios recibido el sacerdocio eterno: el Niño-Dios era el sacerdote del orden de Melquisedec, el sumo sacerdote de todo el linaje humano, que expiaba el pecado del mundo. En el momento de la encarnación fué consagrado, tomó sus sacerdotales vestiduras y puso sobre sí mismo la estola del sacerdocio. Era sacerdotal el año 33 de su vida: vida de auto-oblación, de reparación y expiación. No sólo era sacerdote, sino también víctima. Durante toda la vida fué un sacrificio; ¿y qué sacrificio era éste? El que un espíritu profético había declarado (Hebr., 10, 8-9).

En esta última cena pascual, cuando estaba Jesucristo sentado a la mesa y tomó el pan, lo bendijo, rompió, dió y dijo: «Este es mi cuerpo», y cuando tomó el cáliz y lo bendijo diciendo: «Esta es mi sangre», comenzó el mismo Señor el acto de oblación (He began the act of oblation), terminado después sobre el Calvario, acto que redimió el mundo. Ofreció primeramente este sacrificio sin derramamiento de sangre, pero éste era el mismo verdadero sacrificio, el propio y propiciatorio sacrificio que redimía el mundo, porque en él se ofrecía Cristo a sí mismo. Leemos en los Evangelios que «ninguno le echó mano, porque todavía no le había llegado su hora»; esto es, ninguno (p. 140) tenía poder para cogerle antes que

El se entregase en sus manos. En esta última cena, pues, hizo Cristo de sí mismo una oblación libre y voluntaria. No derramaba aún su sangre; mas El durante toda su vida había ofrecido su voluntad y ofrecía ahora su muerte; y lo que en la última cena comenzó, sobre el calvario lo llevó a cabo al siguiente día con derramamiento de sangre; porque el derramamiento de sangre era el complemento del sacrificio. Sin embargo, cuando en la casa de su huésped se sentó a la mesa, verdaderamente se ofreció a sí mismo, ofreció el verdadero, propio y propiciatorio sacrificio que quitaba (p. 141) el pecado del mundo... Murió para completar el sacrificio, para verificar la perfecta propiciación con el último don que nos iba a dar, con la última gota de su sangre preciosa.» Hasta aquí Manning.

Hemos de recordar que el dualismo, así como niega que la oblación bajo las especies sacramentales en cuanto tal, fuese la oblación del sacrificio redentor (cosa que aquí no afirma Manning), así afirma que esta misma oblación, en cuanto era representativa del sacrificio redentor y en cuanto tal externa, necesariamente implicaba un ofrecimiento aún externo de Cristo y una resolución plena a ofrecer el sacrificio redentor.

Este ofrecimiento lo llevó a cabo Cristo en el calvario en la siguiente mañana. Durante su vida también había hecho Cristo ese ofrecimiento que hacía en la última cena, como en el pasaje citado recuerda también Manning. Pero según indican la mayor parte de los teólogos, no eran esos ofrecimientos sino el acto mismo del calvario el escogido como constitutivo del sacrificio redentor.

Estas ideas son las que yo leo en Manning; otros leerán otras, sobre todo cuando parecen olvidar lo que afirma la sentencia de los dos sacrificios y todas las consecuencias que de ella se deducen: ningún dualista está obligado a negar, que ofreciendo Cristo un sacrificio relativo y representativo de la cruz no se viese en el acto mismo de ofrecer una voluntad dirigida a Dios, deseosa de verificar, en su debido tiempo, el sacrificio y oblación absoluta, al contrario, esto es consecuencia necesaria de su sentencia, y por esto hemos visto que lo dicen tantos teólogos, de quienes no se puede dudar que afirman que Cristo ofreció dos sacrificios. Pero no debemos olvidar nunca en la discusión lo que nos propusimos, es decir, probar si el acto: *in coena novissima corpus et sanguinem suum sub speciebus panis et vini Deo Patri obtulit*, es parte constitutiva con aquel otro acto: *semel seipsum in ara crucis, morte intercedente, Deo Patri oblaturus erat*. Esto es lo que deben mostrarnos en Manning. No se trata si comenzó de alguna manera en la última cena el sacrificio re-

dentor. Pudo comenzar entonces, como es opinión de Manning y pudo comenzar antes como dicen otros, y quizás el mismo Manning. Pero no se trata de eso.

Además es Manning tan expresivo en decir que la santa misa es el mismo acto de Cristo que continúa, que los unicistas, que distinguen dos sacrificios en la cruz y en la santa misa, necesariamente deben buscar una solución a esas expresiones. Esa solución si es buena incluirá ciertamente la solución de la cuestión de la cena última. Oigamos, pues, a Manning:

«Cuando Cristo dijo: «Este es mi cuerpo» y «Esta es mi sangre», instituyó el santo sacrificio; y cuando dijo: «Haced esto en memoria mía», consagró como sacerdotes a los Apóstoles para ofrecer siempre el mismo sacrificio de sí mismo. Por esto, lo que la Iglesia ofrece día tras día, es la continuación de aquel mismo divino acto que Cristo, en aquella hora comenzó. Nada hay nuevo, nada distinto de aquel acto, nada se le añade, porque en sí mismo era perfecto—un sacrificio divino que no admite adición alguna. El sacrificio del altar es el mismo sacrificio prolongado semipiternamente. El que entonces se ofreció a sí mismo por sus propias manos, se ofrece ahora por mano de sus sacerdotes. No hay ahora derramamiento de sangre—esto se cumplió una vez para siempre en el calvario. La acción de la última cena miraba hacia la acción del calvario, como la acción de la santa misa mira hacia el mismo lugar... y lo que en el altar se hace, en la santa misa es el mismo único acto (one and the same act) la oblación de Jesucristo mismo, el verdadero, propio, propiciatorio y único sacrificio (and only sacrifice) por el pecado del mundo.» Hasta aquí Manning.

No se puede negar que es Manning más expresivo, cuando habla de la unidad de la misa con la cruz y con la cena, que cuando habla de la unidad de la cena pascual y de la cruz. Por esto, si alguno quisiera argüirle diciendo que la misa y la cruz se distinguen como sacrificios, me parece que Manning respondería lo mismo respecto de la última cena y de la cruz. Pero veamos si con esos términos afirma Manning una verdadera unicidad.

Desde luego Manning distingue las tres acciones: The action of the Last Supper looked onward to that action on Calvary, as the action of the Holy Mass looks backward upon it...

Estas acciones pueden concebirse como las mismas específicamente y la una es continuadora de la otra sin duda alguna y la que continúa no debe añadir cosa que haga cambiar de especie a la anterior, nada esencial

ebe traer nuevo. En este sentido entiendo yo a Manning y ninguna razón puede alegarse en contra, sino es alguna preocupación que suponga ya entonces cuando escribía Manning la sentencia del único sacrificio. Pero, teniendo Manning clara explicación en la sentencia de los dos sacrificios, no veo cómo con sólo alegar estos pasajes podemos tener una autoridad cierta y evidente en que se apoye el unicismo; el cual, de admitirse en Manning, es sin duda el unicismo riguroso y absoluto, contrario ciertamente al Concilio Tridentino, según creemos, y por esto, mientras no haya evidencia, no debe decirse de Manning que es una autoridad en favor del unicismo.

CONCLUSION

Con la mayor sinceridad y diligencia, que hemos podido, dejamos examinados los principales autores que tienen expresiones, que aisladamente tomadas nadie puede negar que cuadrarían bien en el unicismo. Sin embargo, ninguno hemos encontrado que aúne la última cena pascual de Nuestro Señor y la cruz en un sacrificio sangriento único en el sentido de que la acción oblativa bajo las especies sacramentales sea una parte constitutiva e intrínseca al sacrificio de nuestra redención, de manera que suprimida la oblación eucarística, por el mismo hecho suprimamos y quitemos del mundo el rescate que Jesucristo hizo del linaje humano.

Una conclusión, que después de este estudio se impone, es que las expresiones en que los unicistas pretenden ver su opinión, son expresiones comunes a teólogos de todas las opiniones, y opiniones cierta y evidentemente contrarias al unicismo. Tan evidente y cierta es esta conclusión, que Suárez, con su partidario Scheeben, y Casal, que es de los primeros que defendieron la teoría llamada de Lugo, y el vazqueziano Habert, y otros, han sido alegados por los unicistas para reforzar su tesis.

Como esas expresiones son tan comunes a doctores católicos, contrarios al unicismo y aun a los protestantes que negaban el carácter sacrificial de la última cena, nos parece que haría falso el argumento, quien, al ver que un teólogo rechaza ese comienzo del sacrificio redentor en la última cena, dedujese que rechaza el unicismo de ahora, y que, por tanto, existía ese unicismo. La cosa es clara: ese dicho es de un dualista que rechaza ese modo de explicar los dos sacrificios, como lo hacen otros dualistas, o que rechaza la doctrina protestante. Esto sucedió más de una vez en Trento. Finalmente, será bien que el lector distinga entre cuestión moderna y doctrina nueva. La doctrina de la Iglesia existe toda des-

de el comienzo en las fuentes teológicas y para enseñarla como cosa de fe no fué necesario el planteamiento de la cuestión, y, por tanto, no se puede decir que un concilio no definió una doctrina, porque el planteamiento de la cuestión sea moderno: planteamiento que puede ser sometido a examen y demostrarse absurdo, y tal nos parece la cuestión que plantea el unicismo.

La segunda conclusión es que antes del siglo XX no existe que sepa-mos teólogo alguno netamente católico que haya defendido el unicismo. Esto se entiende en cuanto se pretenda que hay alguno que cierta y evidentemente lo haya defendido.

Lo tercero que resulta cierto y evidente es la ingnorancia que tuvieron del unicismo los autores anteriores al siglo XX aún los que se propusieron examinar las diversas opiniones. Aún en lo que llevamos de siglo, hay muchos que parecen no haberse dado cuenta de la nueva teoría, pero es cierto y evidente que en seguida que Renz escribió, encontró prontos contradictores no menos que su discípulo Wieland. Otro tanto pasó con los artículos de Monseñor Bellord. Es, pues, de maravillar, que habiendo sido los teólogos en todas las épocas muy diligentes examinadores de los diversos matices que revestía el pensamiento de la sagrada ciencia, quedasen en profunda ignorancia de una opinión que tenía muchos defensores, ciertos y evidentes. No lo fueron según parece para Vázquez disp. 222 en varios capítulos, ni para Suárez d. 75, ni para Tanner disp. V., q. IX, Dub. 11, col. 1281 s., ni para Mastrio de Médula ni para tantos otros cuidadosos de examinar opiniones ajenas. Todos sabemos que son muchos los autores que se propusieron analizar en sus escritos lo que otros habían pensado sobre el santo sacrificio así de la cena pascual como de la santa misa; pero confesamos no haber hallado ninguno que refiera ese unicismo de ahora entre las opiniones de los católicos. Luego ese unicismo no existía.

Quizá se nos diga que hemos escogido los autores que nos convenía, pero que el unicismo no carece entre los más antiguos de defensores numerosos ciertos y evidentes. En cuanto a lo primero, hemos de responder que procuramos con diligencia no disimular absolutamente nada que pueda favorecer a los unicistas, pues estamos muy persuadidos de que, por-que haya habido varios teólogos que defiendan esas teorías, no por eso ganan mucho en autoridad; lo principal en este negocio es sin duda examinar lo que dice el santo Concilio de Trento. Si se nota la omisión de algún autor es sencillamente que no lo tenemos a mano, lo cual no obsta para que creamos útil la publicación de este trabajo.

Respecto de lo segundo, que se dice de los numerosos defensores de unicismo, podemos responder que si eso se refiere a los autores que los unicistas han alegado, dejamos a los lectores de SE. y del presente trabajo el juzgar de la certeza y evidencia con que pueden alegarse tales autores. Sobre todo si el lector juzga cierto que de antemano no se puede ya presuponer la existencia histórica del unicismo, sino que vamos buscándola, bien podrá juzgar por sí mismo examinando el material científico que hemos reunido. También podrá tener en cuenta que no se deben admitir interpretaciones, que intrínsecamente supongan la negación de una consecuencia necesaria en la sentencia de los dos sacrificios.

Pero si con eso se quiere decir que los unicistas pueden aún presentar tales autoridades, suplicamos ahincadamente que las publiquen con efecto, no teman escribir, que la verdad siempre ha de triunfar en la santa Iglesia y mucho deseamos conocer y examinar los tales testimonios.

MANUEL ALONSO